



Atahualpa

YUPANQUI

EN NOMBRE DEL FOLCLORE

Sergio Pujol

booket

Sergio A. Pujol
Atahualpa Yupanqui
En nombre del folclore



CAPÍTULO 1

Mundo criollo

I

—¿Qué le pasa m'hijo, que tiene esa carita?

—Es que perdí el vuelto en el camino. Se me debe haber caído del caballo, tata. Perdóneme.

Pero el vuelto no se había perdido. A los ocho años, Héctor ya quería hacer música. Y este deseo, por entonces más fuerte que cualquier otro, lo había empujado a la primera gran travesura de su vida: por la alquimia del trueque, el vuelto se había convertido en una flamante guitarra. Mandado a comprar aceite y conservas, el chico no se había podido contener. La vio colgada detrás del mostrador del almacén, con otras dos de su misma estirpe, y creyó que le hablaba, que lo llamaba suavemente, por cuartas al aire, con ese ritmo que los paisanos despuntaban al atardecer, cuando él y sus amigos se quedaban hasta las nueve y media de la noche escuchando historias gauchas. Entonces aprovechó el vuelto de esos cinco pesos y se atrevió a pedirla. Francisco Fregosi, el almacenero, dudó un instante, pero el pequeño Chavero era un chico obediente. Y a su papá le gustaba tocar la guitarra, todos los sábados, con medida y cierta ceremonia. Se decía que así, mediante la vidala recreada, Juan Demetrio recordaba su Santiago del Estero natal. ¿Acaso era extraño que le hubiera encargado a su hijo una vihuela del almacén? En la provincia de Buenos Aires, la guitarra era un artículo de primera necesidad.

El que colgaba entre insumos más pedestres no era un gran instrumento, sólo una madera con curvas y cuerdas tensadas, ni mejor ni peor que aquellas maderas gastadas de las que se servían los payadores. Pero para el niño se trataba de un objeto fabuloso, patrimonio de

las personas que más admiraba en el mundo. La había contemplado tantas veces en su casa, sobre el poncho de papá. O en la peluquería de don Edmundo, cuando el dueño sacaba milongas entre corte y corte. Y muchas veces al calor del asado, entre manos rústicas y curtidas por el trabajo. En esas ocasiones había estado a punto de pedirla prestada, aunque más no fuera para que, a través del tacto, se le pegaran algunas melodías. Y ahora, a centímetros del mostrador de Fregosi, esa guitarra lo aguardaba inmóvil, lista para ser estrenada, para ser tocada por primera vez. Héctor la subió a la grupa de Azúcar, su petiso, y volvió a su casa, no sin antes pasar por un maizal cercano, donde escondió el botín, el cual rescataría no bien el asunto del vuelto quedara en el olvido.

José Demetrio Chavero podía perdonar fácilmente el extravío de unas monedas en el camino, pero no una mentira. Fue el tío Gabriel el que, unos días después, encontró una guitarra hundida entre el maíz, como caída del cielo. Las guitarras abundaban en Roca, pero no caían del cielo. El niño fue sancionado con dureza: «chirleada» con cola colorada y todo.¹ Pero una vez superado el enojo, José Demetrio comprendió, un poco a su pesar, que el interés por la música del segundo de sus tres hijos era verdadero. Tan verdadero como para envalentonar al niño y empujarlo a cometer la travesura sin medir consecuencias. También era evidente que a Héctor no le interesaba la música a secas, sino tan sólo aquella que podía brotar de una guitarra. De eso, los padres ya se habían cerciorado un año antes, con el fracaso pedagógico del padre Roberto Rosáenz.

Sacerdote catalán —jugador de truco y violinista, así lo recordaría Héctor muchos años después—,² Rosáenz era el cura del pueblo, daba sermones, escuchaba confesiones y tocaba el violín. Durante algo más de un año había intentado hacer del pequeño Héctor el primer músico serio de la familia Chavero, y acaso el futuro violinista del partido de Junín. El esforzado alumno había asistido dos o tres tardes por semana rumbo a la capilla de Agustín Roca, donde el cura lo aguardaba con los métodos de esclavas y fontovas. Pero el hombre había fracasado escandalosamente. Además de zurdo, el chico parecía poco idóneo para las cosas de la música. Se notaba que las clases le resultaban más un padecimiento que un disfrute. Se distraía rápidamente y no daba señales de progreso.

El problema estaba en que el niño era incapaz de encontrarle un sentido a esos saberes que se decían musicales, pero de un orden de lo

musical que, al menos hasta ese momento, nada significaba en la vida de alguien criado entre milongas y caballos. Héctor no comprendía que no era Rosáenz quién le exigía compostura y buena técnica: siglos de música occidental lo llamaban desde la expectante mudéz de las partituras. En suma, una cultura musical pugnaba por hacerse un lugar en el campo argentino.

Un día, el profesor pilló a su alumno de poco más de seis años apoyando el instrumento contra la pared. El niño intentaba pulsar una vidalita con el instrumento de Paganini. El violín era para él como una pequeña guitarra, una guitarra hecha a su medida. Ese fue el colmo, el límite de la paciencia del cura Rosáenz, un hombre estricto y, evidentemente, sin mucho sentido del humor. El catalán sólo aceptaba salirse de canon de la música clásica si el recreo suponía alguna tonada popular de sus pagos, como «El testament de Amelia» o «El nol de la mar». ¿Pero qué era eso de folclore argentino, si la Argentina apenas existía en la escala temporal de los europeos?

La reacción fue violenta, como violentas eran las reacciones de la mayoría de los maestros de principios de siglo XX, y como violentas podían llegar a ser las respuestas de los defensores de la civilización contra la barbarie: cachetazo y expulsión de la clase, todo al mismo tiempo, dejando al pobre Héctor abochornado ante propios y extraños, sin entender muy bien qué cosa había hecho mal, cuál era la naturaleza de su culpa. «Corrí a mi casa, y sólo allí pude llorar. Y no quise volver a las clases de violín. Mi pobre madre me acusaba de ser rencoroso. Pero yo no odiaba al padre Rosáenz porque me hubiera pegado a mí, sino porque había herido a la vidalita. Esto no se lo perdonaría jamás. Y nunca volví a estudiar violín.»⁵

Fue entonces que intervino mamá Higinia. ¿No vivía en Junín un amigo de Juan llamado Bautista Almirón, guitarrista de concierto, de los buenos? El negro Almirón —así lo llamaba José Demetrio— tenía prestigio en la zona, y aunque su sueldo le venía de una prematura jubilación como comisario de pueblo, se decía que era un músico bien conocido en Buenos Aires y Rosario. También aseguraban que tenía pasta para tratar a los chicos, ya que él mismo era padre de un pequeño regimiento —cuatro niñas y un varón— al que le había enseñado algo de música.

¿Por qué no mandar a Héctor una vez por semana a Junín? Podía ir a caballo, no era muy lejos. Unos doce kilómetros en el fiel Azúcar: ningún riesgo en aquella pampa de 1916. Volvería de noche, empacha-

do de guitarra... de guitarra clásica. José Demetrio podía esperarlo con su caballo en la laguna del Carpincho, para que el chico no hiciera solo todo el camino. Finalmente, Héctor aprendería a hacer de las notas escritas sobre un pentagrama los sonidos de una música. Así podría canalizar sus inquietudes en seis cuerdas —ese era su rango, evidentemente— y, a la vez, mantenerse a buena distancia del mundo de los guitarreros, ese mundo de pendencieros y borrachos que los edictos policiales habían bautizado, una vez y para siempre, como «vagos y mal entretenidos». «¡Cuidado con la guitarra!», advertía el padre a sus hijos cada vez que estos se apresuraban a contarle que un nuevo payador había llegado al pueblo. Mamá Higinia, por su parte, pensaba que la religión era un buen complemento en la educación de sus hijos: los tres bautizados, y el pequeño Héctor confiado a la congregación de San Luis Gonzaga, Patrono de los Jóvenes. Pero las advertencias morales y religiosas eran insuficientes. Había que hacer algo con la música. Y rápidamente. «¡Cuidado con la guitarra!»

El plan era perfecto: música para el niño con sed de guitarra, pero una música antídoto contra los malos ambientes. La guitarra, sí, pero la guitarra erudita, no aquella que preludiaba grescas en la puerta de la pulpería, como cuando a Genuario Bustos le metieron tres tiros en la espalda, y Héctor, impresionado para el resto de su vida, llegó a escuchar las últimas palabras de aquel gaucho: «Así no se mata a un hombre...».⁴ Las clases de Almirón podían entonces enseñarle al niño que, así como había otra guitarra, había otra vida y otros ambientes. Que no todo era lamento y justicia en cuartetos y sextinas. Y de paso, ya que los ingleses estaban en todas partes, Héctor podría aprender algunas nociones de su lengua, visitando a un vecino de Bautista, el irlandés Joseph Conlon.

¿Cómo pagarían los Chavero esos estudios? De un modo razonable y campechano. De vez en cuando, en tiempos de vacaciones, las hijas del negro Almirón pasarían su temporada en Roca, disfrutando de la aventura campestre en toda su dimensión. Por su parte, obediente para los trabajos adultos, Héctor podía colaborar con las tareas de aquellos hogares, cuidando jardines —don Bautista tenía un rosal inmenso que había que podar pacientemente— o haciendo limpieza. Más de una vez se quedaría a dormir en lo de Almirón, como si fuera uno más de sus hijos.

A lo largo de unos pocos e intensos meses, todos los jueves, Héctor descubrió un mundo sonoro de la mano de un maestro que no só-

lo era una referencia de la guitarra española —tan colega como amigo de Miguel Llobet y de la ascendente María Luisa Anido—, sino también un personaje muy singular. Rodeado de plantas y música, Bautista Sinibaldo Almirón de los Santos, nacido en Buenos Aires en 1879, ya era, hacia los años en que lo conoció Héctor, un músico perfectamente afianzado. Había estudiado con González de la Ronda en Carmen de Areco y con Domingo Prat en Buenos Aires. Recientemente instalado en Junín, el maestro se hacía tiempo para componer su propia música e interpretar la de los grandes del instrumento; para matear con amigos que caían de visita, entre clase y clase, y para pasear a caballo como el más criollo de los criollos. Y, sobre todo, Bautista Almirón se hacía tiempo para colmar de música y afectos a su hija menor, la pequeña Lalyta Delfina, que con sólo dos años se afanaba por sacar notas de alguna de las guitarras de su padre.

A los ojos de Héctor, ese hombre era un titán, un personaje de fábula. Tenía una mirada oscura y profunda, pero nunca intemperante. Cuando retiraba de sus hombros esa mezcla de poncho y capa que siempre cargaba —síntesis de criollo y europeo, eso parecía ser don Bautista— y tomaba entre sus manos a la Negra, su guitarra favorita, algo mágico sucedía en esa humilde casa de Junín, a miles de kilómetros de donde habían nacido los compositores que el maestro veneraba. No era algo que sucediera con demasiada frecuencia, porque el maestro creía que abusar de la ejecución frente a un aprendiz podía intimidar, y su tarea consistía en formar músicos seguros de sí mismos, no admiradores inmóviles. Cuanto mayor fuera la seguridad del estudiante, mayores las posibilidades de llegar, algún día, a las salas de conciertos, ahí donde un auditorio variado debía ser cautivado con el discurso de una guitarra solista. De todos modos, cierta mínima demostración llegaba, tarde o temprano. Y entonces Almirón tocaba *La danza número 5* de Granados y *El clave bien templado* de Bach en transcripciones para guitarra. Podía ser también alguna pieza de Albéniz, Gaspar Sans y Asturias. El muchacho contemplaba a su maestro con una admiración inédita, un sentimiento que ya nunca podría abstraer de aquellos sonidos perfectamente articulados, nítidos en su ejecución decantada.

Don Bautista le acomodaba sobre un atril los ejercicios de Carulli, las obras de Fernando Sor —especialmente *La gota de agua*, un preludio que las manos del alumno recordarían toda la vida—⁵ o algunos vales finiseculares pensados para educar dedos sobre un diapasón.

Frente a su pequeño alumno, Almirón corregía posiciones, advertía sobre el riesgo de tocarlo todo con el pulgar (el «matapulgas», lo llamaban los paisanos) y elegía los mejores consejos. «Él me enseñó a poner los dedos, y me enseñó a hacerme cóncavo, para poder anidar a las palomas con sus sonidos, a las aves que se inquietaban.»⁶

A diferencia del padre Rosáenz, Almirón no era intransigente en materia de repertorio. Más aún, entre sus propias composiciones —Almirón también escribía música— figuraban una suite criolla (*La leyenda*), una vidalita («Lalyta») y un gato criollo («El morrongo»). Ciertamente, el instrumento invitaba a cruzar fronteras. Después de todo, la guitarra siempre había sido popular. Arraigada en la Argentina antes de que la Nación existiera como tal, había estado en manos de próceres y payadores, acriollándose indefectiblemente, entre el campo incontinente y la ciudad circumspecta. (A propósito de esta prosapia no siempre reconocida, Héctor se enteraría con los años que, de muy joven, José de San Martín había viajado a París a tomar clases de guitarra con Fernando Sor; este dato terminaría de confirmarle el destino latinoamericano del instrumento).

Cabalgando por la inmensidad, de vuelta a casa, Héctor imaginó una vida de guitarra, con el maestro Almirón siempre a su lado, confiándole nuevas obras, ahora que empezaba a internarse en los códigos de la música escrita. Pero una mañana de agosto de 1917, una noticia sacudió sus rutinas. A papá le habían dado unos meses de franco, y se iban todos a Tucumán a visitar parientes. Ya lo decía papá: los Chavero estaban en todas partes, pero antes habían estado en Tucumán. «Partimos hacia el Norte. No puedo precisar mis sensaciones cuando miré el potrero donde pastaban mis caballos preferidos. Y la alameda, y el callejón, y los altos galpones, y los paisanos trajinados».⁷

II

José Demetrio Chavero Aramburu tenía sangre quechua mezclada con española, un abolengo que lo llenaba de orgullo. Así se lo anunció a sus hijos, uno de los cuales no se cansaría de repetirlo hasta bien entrado el siglo XX: «Me galopaban en la sangre trescientos años de América, desde que don Diego Abad Martín Chavero llegó para abatir quebrachos y algarrobos y hacer puertas y columnas para iglesias y capillas».⁸ A partir de aquella genealogía nacida en el Norte colonial

se extendía, como una red ferroviaria de la sangre, el país secreto de los Chavero. El padre le transmitió a sus hijos historias de los parientes de Monte Redondo, en Loreto, provincia de Santiago del Estero. O de los que habían elegido Alta Gracia, en Córdoba, o de los de Mercedes, en San Luis. Héctor escuchaba con atención aquellos relatos de un país aborigen decantado en el criollismo familiar; un país que, si bien en retirada ante el impetuoso avance de los inmigrantes, tanto su padre como su abuelo Bernardino decían representar cabalmente.

De todos maneras, la identidad criolla no era —no podía ser— freno a modernización. En la pampa convivían los vagones con las tropillas. Al menos Juan Demetrio frecuentaba ambas cosas; nunca se había mudado sin sus caballos, a los que domaba con gran oficio, y desde que tenía obligaciones familiares nunca se había trasladado por alguna razón que no fuera de estricto orden ferroviario. Aquella pampa crecía y se capitalizaba con sangre animal y el pitar de la locomotora, cuando esta traía telegramas para los estancieros de la zona —los Ayrala, los Langley, los Fox, los Ocampo—, confirmando el pedido de vagones para embarcar cereales y ganado. Los campos de Pergamino estaban entre los más ricos de la provincia, lo que era decir entre los más ricos del mundo. Su prosperidad estaba directamente relacionada al trazado estratégico de la línea ferroviaria, que permitía una rápida evacuación de aquella producción agropecuaria. Imposible oponerse al proceso de modernización de aquellas extensiones, celosamente alambradas desde 1880 y explotadas al máximo mediante arados, segadoras, prensadoras y máquinas atadoras *made in England*.

Dueños y arrendatarios tenían ahí una renta más que interesante, repartida entre estancias, chacras y granjas. La oligarquía vivía su época de oro, los inmigrantes italianos hacían «su América» como chacareros y la peonada sabía que el trabajo en serio estaba en tiempo de cosecha y embarque. Había que apurar el embalaje de la cosecha para evitar que un temporal la destruyera antes de que llegara al puerto y saliera rumbo a Europa. Respecto al ganado, el destino de este era la carne refrigerada para la exportación, algo que, merced a la tecnología y las inversiones, se había desarrollado notablemente en los últimos años. Si poco antes era la lana de las ovejas el producto dinámico de la provincia, ahora la carne vacuna, sinónimo de calidad gastronómica argentina, satisfacía las bocas de los países industrializados. Los buenos pastos de los invernaderos hacían lo suyo, preparando así al gran producto nacional.

En suma, con ganados refinados y un dispositivo de disciplina cuasi militar para la mano de obra de las cosechas, aquel campo ordenado y productivo ya no era el del pasado indígena y criollo. La economía de todo un país dependía, en gran medida, de esos campos: allí estaba el granero del mundo capitalista. Por eso se decía en Europa que los argentinos que podían viajar por el mundo eran millonarios exóticos, capaces de dilapidar fortunas en largas temporadas parisinas, como si nada ni nadie pudiera frenar algún día el chorro de sus riquezas.

José Demetrio Chavero viajaba siempre con dos baúles llenos de libros. Evidentemente, el mundo se podía entender a partir de los libros, pensaba Chavero, sin que esto supusiera competencia alguna con las tareas del campo ni con los trenes que lo surcaban. ¿Había signos más poderosos de modernidad que el tren y el libro? Por el lado de los rieles, según le contaría José Demetrio a sus hijos, los tíos y primos habían vivido siempre del trabajo ferroviario, y también del telégrafo. Pero habitaba en él una diferencia no menor: le gustaba leer, le atraía con fuerza el submundo de la palabra impresa. Y este gusto, raro en la familia pero no tan extraño en una sociedad que había hecho del *Mar-tín Fierro* el primero y más longevo *best-seller* nacional, José Demetrio se lo podía dar sin muchos problemas.

Al margen de las fuertes condiciones de la vida criolla, el tiempo sobraba, tanto en Peña como en Roca, incluso para los peones que se deslomaban como estibadores en la estación o en los galpones. Ese tiempo sobrante, tiempo fugado de la expoliación del trabajo, podía capitalizarse de no muchas maneras, según una escueta oferta de diversiones: las payadas, los juegos de pueblo, las pendencias rociadas con alcohol, la ociosa contemplación del horizonte... y la lectura.

Era claro que la lectura no era un mandato familiar. Su primo Gabriel Gallardo era analfabeto. Sabio a su manera —sus definiciones existenciales influirían poderosamente sobre el pequeño Héctor—, Gabriel era incapaz de leer una palabra de corrido, ni siquiera las de las latas de conserva o las de los paquetes de yerba mate. Pero era muy respetuoso de la afición de José Demetrio: esos dos baúles repletos de Góngora, Cervantes, *El Parnaso Argentino*, la gauchesca en auge, algún texto de Schopenhauer y tantas novelas menores eran el gran tesoro de Chavero, su tiempo libre capitalizado.

Por el lado de Higinia, los ancestros hablaban los dialectos del norte de España, de Guipúzcoa. Alguna vez, Regino Haram había levan-

tado su casona en medio del campo, aprendiendo a convivir con indios y gauchos desde el principio, como si América fuese un continente a descubrir perpetuamente. Hija del proceso inmigratorio, Higinia Carmen Harán Guevara de Chavero encarnaba el otro rostro de aquella sociedad: el rostro del extranjero cruzando la tranquera, el objeto de burla de los paisanos; el rostro del recién llegado, al fragor de la inmigración masiva que estaba dándolo todo vuelta, así en la ciudad como en el campo. Pero nadie se hubiera atrevido a burlarse de Higinia, hija de un vasco casado con una criolla. Este abuelo de Héctor había sabido ensamblarse, como tantos tamberos y lecheros de aquella colectividad, a la vida campestre.

Los choques entre criollos e inmigrantes estaban perdiendo virulencia en la Argentina del nuevo siglo, y los hijos de unos y otros se criaban juntos, yendo a la misma escuela, con los mismos próceres y los mismos recreos. En los pueblos bonaerenses se iba conformando una cultura popular de entrecruces y flamantes aleaciones. A lo sumo, algún desplante con los italianos —quizá la extrañeza de la lengua o el éxito comercial de sus empresas despertaban el resentimiento del elemento criollo— podía colarse en coplas cantadas por los paisanos. Una de ellas, la primera que llegó a los oídos de Héctor, decía: «Un gringo se subió en globo/ creyendo llegar al cielo/ Y el globo se desinfló/ ¡y a la mierda el gringo al suelo!»⁹ Pero difícilmente aquellos cánticos llevaran la sangre al río. Por el contrario, encuentros como el de los Chavero con los Haram eran moneda corriente.

La historia de cómo Higinia y José Demetrio se habían conocido formaba parte del anecdotario favorito de los adultos a la hora de entretener a los chicos. Cierta vez, pasando por Pehuajó, un caballo de la tropilla que José Demetrio venía arriando hacía ya varios días se escapó y fue a meterse en propiedad privada. El arriero pidió permiso y el dueño de la finca lo invitó a pasar. Después de aclarar la situación del caballo, el forastero se quedó a cenar. Y entonces apareció la niña de la casa. José Demetrio flechó y fue flechado inmediatamente. Sucedió en un campo de Pehuajó, poco antes que el padre de Héctor entrara a trabajar en los ferrocarriles.

Desde ese momento no se separaron más. Fueron siempre muy unidos. Al final de cada jornada, el hombre se liberaba del saco negro, se desabrochaba los veintisiete botones de su chaleco reglamentario y pasaba del uniforme de jefe ferroviario a una prenda de tela cruda, especie de pijama. Mientras, Higinia ponía a calentar la pava sobre el bra-

sero y preparaba un mate amargo, y entonces la pareja se sentaba a la puerta, a ver morir el día. Ella le pasaba a su esposo el parte de sus hijos y le informaba del movimiento del pueblo y los campos aldeaños. Los fines de semana, alguna partida de taba, algún baile de lancero y escondido, alguna carrera de caballo por sendas polvorientas y la guitarra siempre a mano distraían a José Demetrio de sus responsabilidades y a Higinia de las tareas domésticas.

El padre de Héctor no bebía una gota de alcohol, ni de vino ni de grapa, y paseaba por los ambientes criollos con cierto ascetismo, coincidiendo, quizá sin saberlo, con las prédicas del socialismo más estricto, aquel que advertía, palabra más palabra menos, que si la religión era el opio de los pueblos, el alcohol podía ser el de los trabajadores. Aunque José Demetrio tenía una debilidad que sobrellevaba con cierto pudor —le gustaba jugar buenas sumas de dinero a las cartas o a lo que fuera—, se había hecho de sí mismo y de su familia una imagen de rectitud y austeridad, bien resumida en una de sus máximas favoritas: «De lo criollo me gusta todo, menos sus vicios».¹⁰

Entre los adultos que lo rodeaban —y estos no eran pocos, en una época en la que la juventud se perdía rápidamente—, Héctor profesaba verdadera devoción por ese padre que había recorrido el país infinitas veces, hablaba poco, casi no explicaba nada —ni la conducta propia ni la ajena— y miraba el paisaje con persistencia, como advirtiendo un más allá del horizonte e invitando a los demás a seguirlo en el desciframiento de vaya a saber qué misterios. José Demetrio era correcto y medido, enemigo de las vulgaridades, de las que intentaba siempre alejar a sus hijos, convirtiéndose así en una suerte de baqueano en los senderos de la vida. Esta síntesis de lejanía y afecto, muy del siglo XIX, haría impacto profundo en sus hijos, que siempre identificarían a ese padre de un metro noventa con la elegancia y la sobriedad, tanto en el andar como en el decir. Cualidades estas que, con los años, Héctor interpretaría como la quintaesencia del ser criollo: «Andar en mangas de camisa, andar como anda el almacenero Fregosi, jamás lo vi. A mi padre jamás lo vi en camiseta».¹¹

Mucho antes de ser jefe de la pequeña estación de Juan A. de la Peña, José Demetrio había sido, sucesivamente, miembro del cuerpo de Granaderos y soldado por dos años. Entre los pocos bienes materiales que conservaba de su trajinada juventud había una medalla, un reconocimiento oficial por haber cabalgado desde Buenos Aires hasta Yapeyú, en Corrientes, para honrar la memoria de San Martín. Cosas que

hacían los soldados. Pero la disciplina militar no era su destino. Se dedicó entonces a deambular por los campos argentinos, como resero, peón de estancia o simple trotamundo a caballo.

Con montura, José Demetrio era capaz de ir a cualquier punto del país, sin cansarse, sin perderse. Una vez se fue a caballo hasta Neuquén, sólo para visitar a su tío Luis Chavero. Esa era la vida que más le gustaba, un poco a lo Martín Fierro. Fue así que se hizo simpatizante de la Unión Cívica Radical, el nuevo partido político que, aun desde el llano, prometía mejoras a la gente como él, gente de a caballo, sin otra fortuna o dependencia que su libertad para deambular en busca de mejores oportunidades.

Su padre también era radical. Bernardino Chavero, de los Chavero de Loreto, había seguido fielmente a Leandro N. Alem, un verdadero caudillo entre mucha gente de campo. Y, más aún, don Bernardino había sabido matear con Hipólito Yrigoyen, cuando el líder radical planeaba revoluciones. «Mi abuelo recordaría siempre a Yrigoyen de campo a campo, no en el comité, sino de persona a persona. Que hubieran mateado juntos era todo un orgullo de la familia.»¹² La anécdota era un poco difusa, pero de resonancias poderosas. Por entonces, la fidelidad política no era tanto una cuestión de ideología como de familiaridades y amistades. Así como muchos paisanos se habían hecho conservadores o radicales mateando en el comité más próximo, en medio de milongas y estilos, adeudando o acreditándose favores, los Chavero eran radicales por el abuelo, el criollismo y el ferrocarril. ¿Qué más hacía falta para serlo? Cuando en octubre de 1916 Yrigoyen asumió la presidencia del país, hubo brindis y algarabía en una estación próxima a Junín. Los grandes se pusieron las boinas blancas que siempre estaban colgadas en el perchero de la casa y los chicos se enfiestaron sin saber muy bien de qué trataba aquel alboroto.

Poco después de casarse con Higinia y formar familia, José Demetrio encontró en la gente de La Fraternidad el trabajo del resto de su vida. En realidad, fueron sus padres, Bernardino y Patricia, los que lo convencieron de que debía buscar un trabajo estable, levantar casa y olvidarse de los caminos, salvo que estos llegaran pautados por la grilla de los ingleses, por entonces dueños de los trenes. Con el tren andaría por todas partes —moviéndose, ya que la errancia era su sino—, de La Banda a Rafaela, para pasar luego del ferrocarril de Mendoza al de Buenos Aires. Primero empleado y luego telegrafista, José Demetrio terminó consagrándose a la jefatura de tercera categoría, un trabajo

digno, suficiente para situarlo, si no en el bando de los ricos, cuanto menos del lado de los menos pobres.

Como a Chavero no le molestaba mucho viajar, sus superiores del Central Argentino abusaron de esta facilidad, y lo pasearon por algunas de las estaciones más solitarias de la provincia, de esas que justificaban por sí mismas, por su importancia como motor económico de la región, la formación de un poblado mínimo, de no más de diez casas y algunos ranchos a pleno sol. Como reemplazante, su trabajo consistía en cubrir a los jefes de estación enfermos o licenciados. En 1905, ya con Higinia embarazada de María del Carmen, la estación de Juan A. de la Peña significó un cierto alivio para la pareja, que a partir de entonces alentó la esperanza de ser un poco más sedentaria, yendo a Nueve de Julio o Pehuajó, más al sur, sólo excepcionalmente y por poco tiempo.

El pueblo estaba ubicado en la parte central del partido de Pergamino, a once kilómetros al nordeste de la ciudad principal y sobre el camino que llevaba a San Nicolás. Originalmente, la estación se había llamado Estación Godoy, en homenaje al terrateniente del lugar, pero en 1891, con el paso del Ferrocarril del Oeste a propiedad del Ferrocarril Central Argentino, su nombre cambió por el de Juan A. de la Peña, un ilustre personaje de la zona.¹⁵

La vivienda que la empresa le asignó a la familia Chavero estaba a pocos metros de la estación, lo que hacía insignificante la diferencia entre el lugar del trabajo y el del ocio. En aquellos paisajes despoblados, los rieles prometían, contradictoriamente, una vida estable y viajera, de asentamiento familiar —la gran familia ferroviaria se perfilaba como la más segura y mejor tratada del mundo laboral— y de permanente rotación alrededor de los ambiciosos planes de la empresa. A partir del factor ferroviario, el poblamiento: «Junto a los rieles, la casa. Y cerca, algún caserón que hacía de almacén. Una escuelita ostentando una gastada bandera de la Patria, hecha jirones por los vientos del sur. Y un cinturón de ranchos entre pequeños montes, con algunos jeráneos [*sic*] y un rosal. Y detrás de esas viviendas, el estrecho corral de los caballos. Criollos y gauchos habitaban esos ranchos».¹⁴

Pero Peña no sería la estación final de la familia. Pronto vino el traslado a Agustín Roca, una localidad mínima situada a pasos de Junín y a la que solían llamar Fortín Federación, ya que no mucho antes había sido un puesto de combate contra el indio. Se trataba de un sitio especialmente fértil de la provincia, con tierras dedicadas a la se-

mentera de cereales y embarques periódicos a realizarse, justamente, en la estación del Central Argentino. Para este fin, la estación estaba dotada, en sus cercanías, de grandes tinglados para los almacenajes previos. Si bien ni paisaje ni labores parecían haber cambiado mucho, los Chavero vivieron este traslado como un progreso. La localidad era bastante pujante y un poco más grande que Peña: 3.000 habitantes al comienzo de siglo —incluyendo, obviamente, la población de los campos de los alrededores—, de los cuales noventa eran vecinos característicos del lugar.

Juan Demetrio llegó a formar parte de ese núcleo de gente conocida.¹⁵ Mantuvo relaciones muy cordiales con las fuerzas vivas del lugar, como Domingo Croscetti y Juan Colonel, empresarios de rubros múltiples: almacén, tiendas, mueblería, talabartería, ferretería y corralones de madera y fierros. Y fue amigo de Pedro Sanguinetti y Juan Salamendy. El padre del primero era el dueño del principal negocio de ramos generales, lo que entonces se denominaba «emporio de mercaderías generales». Esos emporios servían no sólo para la provisión de todo lo que podía necesitar un habitante de varias leguas a la redonda, sino también proveían de créditos a los chacareros. Por su parte, Juan era hijo del propietario del restaurante Salamendy, casa que, además de comida, ofrecía hotelería a pasajeros que por alguna razón de negocios debían recalar en la estación.

El improvisado hotel de los Salamendy contaba con un anexo no menor: la cancha de pelota, toda una institución del pueblo, cuya utilidad trascendía, lógicamente, la que podían darle los inquilinos. Fue así como Juan Demetrio se asoció a sus nuevos amigos para fundar el primer club de fútbol de la zona: el Origone. De este se contaría alguna que otra hazaña deportiva, como cuando supo derrotar a un club de Junín, nada menos. A las cuadreras y partidos de bochas se le agregó así un deporte de equipo, inventado por los ingleses y súbitamente adoptado por el mundo criollo. Sin proponérselo, el padre de Héctor estaba haciendo, a pelotazos, su modesto aporte a la sociabilidad de aquel sitio. En todo pueblo de la época coexistían, en paralelo con la comisaría, tres autoridades principales: la del cura, la del jefe de correos y la del jefe de estación. Los tres daban sus discursos para los onomásticos, y era entonces que el papá de Héctor, que por algo conservaba sus baúles con libros, ensayaba algunas palabras, no pocas veces en forma de coplas. Y el pueblo, agradecido.

José Demetrio Chavero, que había conocido las vidalas antes que

las milongas y los partidos de taba antes que el fútbol, nunca vio como definitivas las disparidades provincianas, y menos aún las que mediaban entre el Norte de su origen y el norte de la pampa. Siempre una copla a flor de labio, siempre un dicho o refrán que, gracias a la transmisión oral, permitían que las historias de los abuelos no se perdieran ni cayeran en el olvido. Esta era una obsesión de toda la familia. Y lo seguiría siendo. «Por ser modernos no podemos degollar a los abuelos», diría con rudeza Héctor ochenta años después.¹⁶

III

El segundo hijo de Higinia estaba en camino, pujando ya para salir al mundo. Las comadres de Peña aconsejaron el traslado de la madre a la estancia más próxima, Campo de la Cruz, una vieja posta a sólo cinco kilómetros de la casa de los Chavero. Allí trabajaban unas primas de Higinia que, sin duda, podrían atenderla mejor. Héctor Roberto Chavero nació el 31 de enero de 1908, a primeras horas de la mañana.¹⁷ Llovía copiosamente y los trigales ya no ondulaban: el trigo estaba cargado sobre todos los carros de la pampa, apropiadamente tapados para evitar que se malograra la base de futuros alimentos. Hubo que llevar al recién nacido a caballo hasta el registro civil más próximo, el de Pergamino, en medio de lodazales que obstruían el camino. Cosas del campo.

José Figueroa Alcorta era el presidente desde hacía dos años y la Argentina era considerada uno de los países más ricos del orbe, con una tasa de crecimiento imbatible. Los inmigrantes no cesaban de ingresar al país, los inquilinos de la ciudad capital hacían huelgas y el anarquismo y el socialismo conquistaban las preferencias de una novedosa clase obrera. La tensión social bullía por debajo de tanta rentabilidad y optimismo dirigente, pero en el campo las cosas aún transcurrían plácidamente, en la dirección irreversible del progreso. Cada dos por tres, alguien mencionaba haber estado en Buenos Aires: Babel en Sudamérica.

La infancia de Héctor fue bucólica, todo lo bucólica que podía ser la vida en aquellos pagos, con la gente involucrada en el paisaje y los animales, especialmente los caballos, integrados a la vida humana. Alazanes, tordillos, petizos de pelaje dorado: las bestias se diferenciaban entre sí por los colores de sus crines, y cualquier chico de la zona apren-

día a leer pelajes antes que alfabetos. Al niño le gustaban los tobianos, esos caballos blancos con manchas negras o rojas.

Sin límites espaciales, sin las fronteras que restringían las infancias urbanas, Héctor aprendió antes a cabalgar que a ser diestro con el lenguaje, y a medir las distancias en la escala de la legua antes que a resolver los problemas de la escuela. Por supuesto, José Demetrio les enseñó a sus hijos a montar, pero sobre todo a conocer el temperamento de aquellos animales, sus mañas y certezas, sus secretos y señales. Demetrio Alberto, nacido tres años después que Héctor, acompañaba a su hermano mayor en aquellos juegos. Ambos chicos crecieron salvajemente, aprendiendo a montar en pelo y a dejarse llevar por los pastizales como bóhdidos, convencidos de que la pampa era infinita y que nada cambiaría jamás. Cuando había apero y montura, Héctor demoraba su vista en las espuelas, allí donde se refractaba el sol y se reflejaba la luna. «El ruido de las espuelas fue la primera música que oí. Eran de plata, cuando la plata era barata. Y eran el espejo de la noche.»¹⁸

La vida de cualquiera de aquellos niños transcurría fuera de la órbita del consumo, algo ya muy presente en las grandes ciudades. Para Héctor no existían Harrods ni Gath y Chaves. Tampoco el zoológico. Perdices, jilgueros y palomas le daban la medida del mundo animal. Sus primeros objetos de deseo fueron tan elementales como una torta frita un día de aguacero o una espada del reino vegetal. Solía pasar a buscar a su amigo Luisito Fregosi por el almacén de su padre para ir al maizal y hacer de las hojas ya crecidas espadas para una esgrima fantásiosa. Otras veces se animaba a disparar con rifle a las perdices y liebres o a ensayar carreras de caballos de 150 metros, versiones reducidas de las populares cuadreras. Guiado por su abuelo Bernardino, que había sido carretero en su juventud, supo andar alguna mañana muy temprano por la laguna, para reconocer las garzas y los teros y nominar la naturaleza. Al lado de su hermano, cabalgaba todas las mañanas hasta la escuela, y más de una vez se demoraba en el camino, llegando a clase con el guardapolvo húmedo de escarcha.

Los paseos con su padre eran los favoritos del niño. Si José Demetrio visitaba a su primo Ciriaco Demetrio en Pergamino, Héctor iba con él y se quedaba jugando con sus primos. Al anochecer, todos, grandes y chicos, bailaban un lancero bajo la sombra de la palmera del patio. Pero la gran aventura tenía color indio. De vez en cuando, Héctor y su padre se internaban a caballo en la más antigua de las pampas, donde vivía la vieja Natividad Guevara —«esa es tu bisabuela», le habían di-

cho, un poco en serio y un poco en broma— o allá donde residía la mayor tribu de indios pampas confinada en Los Toldos, la tribu del cacique Benancio. Esos parajes habían sido, no mucho tiempo atrás, avanzadas en la frontera con el indio. Los pampas descendían de los tehuelches, y seguramente habían asimilado el incontenible impulso araucano, espíritu guerrero. Pero eso había quedado atrás. Despojados de casi todo, los pocos indios sobrevivientes ya no disponían de la llanura completa para cazar liebres, guanacos y ñandúes. Ya no dominaban los cimarrones con mayor pericia que el hombre blanco. Derrotados por la modernidad, vivían con más resignación que dignidad.

De cualquier manera, aquel grupo dejaría una fuerte impresión en el niño Chavero: «Los pampas comían en silencio. Sólo hablaban mi padre y Benancio. Este sorbía ruidosamente un enorme hueso de caracú, y me producía gracia verlo dar tremendos golpes con el hueso en la esquina de la mesa para aflojar la médula. Yo observaba con un interés mezclado de temor y admiración. Miraba su larga melena lacia, peinada al medio, sus ojos pequeños y vivaces en los que brillaba siempre la autoridad. Su voz no era, en cambio, tonante, como me había imaginado. Era ligeramente aguda, y el hombre abría mucho la boca para pronunciar las vocales».¹⁹

En fin, Héctor era el Emilie de Rousseau en clave sudamericana. Si para todo chico la vida es más juego que deber, para Héctor era juego a toda hora y en todas partes, en el pueblo y en el campo, entre la civilización y la barbarie —o entre lo poco que de ambas se encontraba por aquellos lares— y especialmente en la estación, bajo la mirada protectora de Juan Demetrio. Allí, entre los vagones que partían incesantemente y los galpones siempre atiborrados de maíz, trigo y avena, Héctor escuchó las primeras coplas de su vida. Provenían de los peones que trabajaban en las estibas. Algunos de ellos, los que siempre rondaban los galpones, eran los trabajadores más pobres de la región, ya que no tenían ni rancho ni caballo. Sólo disponían de sus brazos para cargar bolsas o, antes que eso, para aumentar las parvas o armar trojas con cañas, y de una aguda memoria para cifras y estilos.

Así descubriendo Héctor que aun en ese ambiente de aparente igualdad, con el criollismo como rasero cultural, la humanidad se dividía en clases, así como el mundo estaba fragmentado en naciones. A propósito de esto último, la vida de la estación, con sus cargas y descargas, se vio un día conmovida por la llegada del tren de las 5 de la tarde militarmente custodiado. «Un gendarme viajaba afirmado en la

delantera de la locomotora, armado de fusil y de paciencia. Le ofrecían un jarro con café. Y de nuevo ocupaba su puesto. Supe así que en el mundo se había desatado una guerra terrible en el año 14. Y el ferrocarril era de los ingleses.»²⁰

Antes de que la tarde se desfigurara del todo, Héctor, su hermano Alberto y un par de amigos asistían rigurosamente al espectáculo que más los fascinaba, más aún que las locomotoras inglesas en guerra con posibles terroristas alemanes o indios pampa conferenciando: las reuniones de paisanos en los galpones o en la cancha de pelota, ese «club social del proletariado pampeano»,²¹ allí donde unos treinta paisanos se reunían a conversar y a cantar, no sin antes lavar con esmero sus caballos, ritual que fascinaba a Héctor casi tanto como lo que venía después. Y entonces el descanso era prologado por una ronda de cuentos y guitarreadas. Los chicos devoraban canciones y relatos, devoraban los tonos de mi menor y do mayor de las guitarras. Y asimilaban las maneras adultas y fuertemente masculinizadas del mundo criollo. Así aprendían a ser grandes sin dejar la niñez. Entre gatos, triunfos y milongas.

Refranes de toda laya, relatos de sequías e inundaciones bíblicas, recuerdos de duelos criollos y las disputas, brillantes o sórdidas, por el amor de una mujer: los narradores de tantas historias no eran otros que paisanos de chiripá o arpillera cruzada alrededor de la cintura. Quienes horas antes habían transpirado la gota gorda cargando y arriando bajo el poderoso sol pampeano, o sacando yuyos y arando la tierra, ahora hacían la sobremesa de un opíparo asado reluciendo sus cuentos con música. Notablemente, esos hombres tan reservados y silenciosos la mayor parte del día se iluminaban bajo el fuego de decires propios y ajenos. A veces, tan íntimas resultaban ser las confesiones, tan personal el estilo, que sólo dos o tres oyentes se quedaban con el guitarrero, y el resto se retiraba con prudencia unos metros a liar sus cigarrillos hasta que la parte más secreta fuera dicha entre amigos.

Años más tarde, Héctor descubriría un sinnúmero de prejuicios contra esa gente y su ascendencia, a la que Darwin había caracterizado como carente de todo sentimiento de simpatía. Pero para él, los gauchos eran y seguirían siendo los grandes lenguaraces, los dueños de la palabra. Sus formas de narrativa popular, generalmente acompañadas de músicas tenues, tenían siempre un *crescendo* que a Héctor le encantaba. Todo empezaba con relatos chistosos, un poco picarescos. Pero pronto el tono se volvía serio, y los textos improvisados le daban en-

trada a una suerte de fogón metafísico. Casi sin darse cuenta, el espíritu burlón de aquellos personajes del campo declinaba hacia otra cosa, un cambio de temática y registro. Entonces el amor y la muerte hacían su entrada. A los brulotes contra los gringos y las letras sexistas le sucedía la épica de los bandidos rurales y demás marginados de la modernización. Esas historias vivían en un tiempo suspendido, ni los gobiernos nacionales ni la Primera Guerra Mundial parecían afectarles en lo más mínimo.

La gauchesca se enseñoreaba en aquellas tertulias, y Héctor quedaba atrapado en el universo de los gauchos *apaisanados*,²² antiguos salvajes ahora transformados en mano de obra rural. Pero no todos los cantores eran paisanos de la zona. También llegaban al pueblo los payadores de tiempo completo, de esos que conocían la literatura de Ascasubi, Gutiérrez y toda la genealogía gauchesca. Estos trovadores iban y venían por la vida. Algunos habían hecho dramas gauchescos en el circo criollo. Otros, soñando con la fama de Gabino Ezeiza y Pablo Vásquez, aspiraban, aún sin lograrlo, al rubro del «payador urbano», estadio históricamente superior en la evolución popular. Payadores urbanos eran aquellos que habían entrado con su arte a las ciudades, llegando incluso a editar algún verso en revistas populares o simples folletos.²³ Pero incluso estos artistas populares debían su fama y legitimidad al mundo criollo. Esa era la fuente de sus habilidades y el espacio mítico de sus relatos.

Los más renombrados tenían un repertorio bien característico, y se los aclamaba por lo que cantaban y decían, aunque sin que esto implicara un reconocimiento patrimonial: las décimas y las cuartetos no tenían dueño, eran de nadie y de todos. O mejor dicho: eran de quienes las recordaban y sabían transmitir, sólo en ese momento, en el momento de la actuación. Por eso, el intérprete tenía más peso que la obra; el modo y la oportunidad lo eran todo. Luego, una Argentina de caudillos idealizados, supuestos enemigos del orden y la opresión, llenaba aquellos parlamentos. Los payadores solían demorarse en las montañas del siglo pasado, de los tiempos de Rosas y de antes también. Celebraban hitos y batallas del calendario patrio. Hilvanaban la política argentina desde una cierta sensibilidad revisionista *avant la lettre*. Cantaba uno de ellos: «Así se escribe la historia/ de nuestra tierra, paisanos./ En los libros con borrones/ y con cruces en los llanos».²⁴

Obviamente, el *Martín Fierro* era para esa gente el gran texto popular. Y así lo era por mérito de José Hernández, su autor, y por la fe-

liz circunstancia editorial que lo había convertido, desde hacía por lo menos tres décadas, en un clásico del criollismo populista, especie de *Odisea* del campo argentino. Nunca faltaba un ejemplar de *Martín Fierro* en las bibliotecas de la estancia y la escuela, en casas de los amigos y en casa propia, donde, según recordaría Héctor, «había tres o cuatro ejemplares, y así en toda la pampa»²⁵. Pero sobre todo, Fierro revivía en el almacén, donde por cada barril de cinco kilos de yerba mate el almacenero le regalaba un volumen de la obra de Hernández a cada cliente. Y si se lo quería comprar solo, sin otra excusa que su propio contenido, con veinte centavos alcanzaba.

Editada en papel de estraza, la historia de Fierro y su alzamiento contra la autoridad aventajaba a otras similares, de Juan Moreira a Santos Vega. Si bien la segunda parte defraudaba un poco por su sorda aceptación del mundo dado, las primeras sextinas se habían convertido en el mito de rebeldía más poderoso de su tiempo. Por eso eran glosadas cada dos por tres, dentro y fuera de los boliches, generalmente sobre el suave discurrir de las guitarras. Que Fierro se pusiera a «cantar al compás de la vigüela» —es decir, que Fierro fuera él mismo un payador— era un gran comienzo, a los ojos de cientos de paisanos siempre listos para contar sus vidas solitarias, identificándose con un personaje que, «como el ave solitaria/ con el cantar se consuela».

Lo mismo sucedía con Santos Vega, acaso el padre «histórico» de todos los payadores. Una copla muy difundida por aquel tiempo lo recordaba así: «Santos Vega, el payador/ Aquel de la larga fama/ Murió cantando su amor/ Como el pájaro en la rama».²⁶ En todos los casos, la guitarra era algo más que una acompañante de circunstancia. Sin el instrumento, la oralidad perdía magia, la evocación se debilitaba y la soledad dejaba de ser cantada. «Es enorme el poder evocativo que se esconde en la guitarra. Es la única llave con que el paisano puede enfrentar y vencer a los fantasmas de la soledad.»²⁷

Para Héctor, ese teatro de la vida llegaba a su fin cuando, a eso de las 9 y media de la noche, Juan Demetrio lo llamaba con un silbido fuerte, el sonido inapelable de la autoridad paterna. Cual Fierro rendido, Héctor volvía a su casa con resignación, dejando atrás lo que sin duda sería lo mejor de la noche, con las brasas del asado aún encendidas y una mayor confianza entre los cantores. Higinia tapaba amorosamente a cada uno de sus hijos y les cantaba alguna vieja canción vasca. Finalmente, los chicos se dormían, pero no sin antes imaginar cómo sería la noche siguiente, qué historias escucharían de aquellos

hombres. Como ellos, cientos, acaso miles de niños pasarían por la misma fase, escuchando contrapuntos y soliloquios gauchos antes de dormirse. Una buena parte de la provincia de Buenos Aires se había convertido en un festival espontáneo de payadores, y eso tendría algún efecto en los años siguientes.

A la mañana, la escuela rural ponía a Héctor en contacto con una cultura que, en principio, era la negación de aquella que lo había alentado la noche anterior. Si los paisanos habían entonado, entre aguardiente y grapa, «La canción del linyera», «Juancho el desertor» o «El rebenque fatal», la maestra lo aleccionaba con la historia de la patria. Si los gauchos habían dejado en el aire las hilachas de Fierro y Moreira, la maestra le hablaba de los próceres de levita, gente que se había esforzado por hacer de la Argentina algo bien distinto de ese rústico mundo de bombacha bataraza, alpargata y cuchillo. En un caso, el país se deshacía en regiones irredentas y rebeldías fatuas; en el otro, se reunía en torno de proyectos ambiciosos, pero muchas veces ajenos al sentir popular.

Poco antes de cumplir los siete años, Héctor empezó sus clases de violín. Recién mudados a Roca, los Chavero estaban pasando por una situación económica un poco más desahogada. La educación de los hijos no era un tema menor en la familia, y a Héctor, en función de las reiteradas muestras de interés musical que el pequeño venía dando hacía ya un tiempo, le tocó el violín. Pero el chico no veía la hora de terminar las clases para volver a su casa y jugar con la guitarra de su padre. «Ponía la guitarra de mi padre en el suelo y buscaba las notas de alguna vidala, tocando en una sola cuerda. Si mi padre me descubría me sacaba rajando. Él tocaba cosas muy antiguas, cosas que ya se han perdido, que se fueron con él... Algunas cosas llegué a aprender de él. Algunos estilos, maneras de traducir el paisaje en la música.»²⁸

El aprendizaje de la música no se limitó a clases sistemáticas; tampoco a esos sábados en los que Juan Demetrio, ya sin su traje abotonado, pulsaba su guitarra y se atrevía a cantar alguna cosa para un grupo de amigos. Héctor descubrió que, si agudizaba un poco los sentidos, muchas circunstancias lo ponían en contacto con la música. Sólo era cuestión de escuchar y mirar, sobre todo a sus admirados paisanos. Uno de ellos le enseñó a bailar el malambo a partir de una sencilla regla mnemotécnica: «Muy chica la bota, muy chico el botín». En la repetición estaba la clave, acentuando las palabras *chica* y *chico*: «Muy chi-

ca la bota, muy chico el botín...» Dos, tres, cuatro veces, y ya salía el malambo. Las tardes de invierno, después de almorzar uno de esos suculentos pucheros que cocinaba Higinia, los hijos de los Chavero bailoteaban un malambo en la vereda soleada, antes de ponerse a hacer los deberes.

También el ritmo de la milonga llegaría al corazón de Héctor a través de un maestro furtivo. Sería esta vez Mengucho Sosa, estibador en el galpón de la estación, quien le transmitiría el abecé de cualquier milonga. «Lo primero que se aprende en este país, que se llama provincia de Buenos Aires, donde yo nací, es el puchero-y-tumba, tumba-y-puchero. Son las notas iniciales de la milonga que puede aprender un muchacho de seis o siete años, con guitarra prestada y mucho miedo para que no lo reten.»²⁹

Pero el miedo iba cediendo a medida que el carácter de Héctor se templaba y sus padres, en titánico esfuerzo por comprenderlo —la incompreensión no formó parte de aquella niñez— optaron por mandarlo a estudiar guitarra con Bautista Almirón. A partir de ese momento, Héctor empezó a ver las cosas de otra manera, a comprender que quizá no todas las polarizaciones eran tan irreductibles como lo creía el padre Rosáenz. Que, a lo mejor, un preludio español de otros siglos compartía el mismo limbo con las vidalas y los estilos serenos. Que tal vez la guitarra, instrumento de raíz popular, era una cosa andariega por naturaleza, y que en su andar por el mundo se había habituado a tocar en distintas cuerdas y temperaturas.

Por lo pronto, Almirón entendió que su nuevo alumno era zurdo, y que los zurdos también tocaban la guitarra. Algunos de ellos hasta daban conciertos por el mundo. Sólo era cuestión de dar vuelta el recordado. En la escuela, en cambio, la maestra Eulogia Rivero lo había enderezado al pobre Héctor a fuerza de bastonazos sobre la mano izquierda, cada vez que esta se dirigía imprudentemente hacia la tiza o la pluma. Sin embargo, el triunfo de la señorita Rivero sería muy modesto. «Desde entonces, solamente escribo con la mano derecha. Pero desde muy pequeño, para el lazo, para el látigo, para arrojar una piedra, como después para tocar la guitarra o para jugar al tenis o al billar, siempre irremediamente, usé la mano izquierda. Cuando empecé a jugar al fútbol, mi puesto era el campo medio, del costado izquierdo. Cuando boxeaba, deporte que me apasionaba, me plantaba correctamente con la izquierda hacia adelante, cubriendo el mentón con la mano derecha.»³⁰

Si las estaciones en las que había trabajado José Demetrio eran los puntos australes de una línea que apuntaba hacia el norte —la línea madre unía Córdoba con Rosario—, en agosto de 1917 la familia se subió al ferrocarril que la conduciría, no sin paradas intermedias, hasta Tucumán, el punto de partida de la genealogía, muy cerca del lugar en el que Diego Abad había hecho carpintería con los algarrobos sudamericanos en 1609. Para Héctor, la pampa ya no sería el único patio posible para sus juegos: la aventura ensanchaba su horizonte. Sin que nadie pudiera disputarle la mejor visión, apoyó su brazo izquierdo sobre la ventanilla del tren, presto a descubrir ese otro país del que le habían hablado su padre en la guitarra y la señorita Rivero en el aula.

NOTAS

¹ José Tcherkaski (1994), «Confesiones de un payador». En: J. Tcherkaski: *A primera vista (Grandes reportajes)*, Corregidor, Buenos Aires.

² Pipo Lernoud (1980), «Atahualpa con el país adentro», *Expreso Imaginario*, Buenos Aires, número 53, diciembre.

³ Atahualpa Yupanqui (2001), *El canto del viento*, Los Grobo Agropecuaria S.A., Carlos Casares.

⁴ *Ibidem*.

⁵ En el álbum *Testimonios 3*, Yupanqui hace referencia a esta pieza —que ejecuta en la grabación—, aprendida en las clases de Almirón.

⁶ Pipo Lernoud (1980), *op. cit.*

⁷ Atahualpa Yupanqui (2001), *op. cit.*

⁸ Atahualpa Yupanqui (2001), *ídem*.

⁹ Citado por Yupanqui en Tcherkaski (1994), *op. cit.*

¹⁰ Mona Moncalvillo (1981), «Atahualpa Yupanqui», *Humor*, Buenos Aires, número 69, octubre.

¹¹ Mona Moncalvillo (1981), *íbidem*.

¹² Roberto Espinosa (2007), «A quince años de la muerte de Yupanqui», *La Gaceta de Tucumán*, 23 de mayo.

¹³ Rafael Restaino (2000), *Historia de los partidos de Pergamino*, Editorial Pan de Aquí, Pergamino.

¹⁴ Atahualpa Yupanqui (2008), *Este largo camino (Memorias)*. *Rescate de Víctor Pintos*, Cántaro, Buenos Aires.

¹⁵ El nombre de Demetrio Chavero figura en la nómina de vecino de Roca, según consta en *Junín. Guía y estadística general de la ciudad y el partido* (director: Gregorio Suárez), Casa Impresora José Tragant, Buenos Aires, 1914.

¹⁶ Fernando Cerolini (1984), «Atahualpa Yupanqui: “Por ser modernos no podemos degollar a los abuelos”», *Tiempo Argentino*, Buenos Aires, 20 de agosto.

¹⁷ No existe ninguna referencia concreta de Campo de la Cruz, el sitio en el que Yupanqui siempre dijo haber nacido. Víctor Pintos investigó el sitio y llegó a la conclusión de que se trataba de una estancia cercana a Peña, partido de Pergamino.

¹⁸ Relatado por Yupanqui en el programa de Televisión Española «A fondo», conducido por Joaquín Soler Serrano, Madrid, octubre de 1977.

¹⁹ Atahualpa Yupanqui (2001), *op. cit.*

²⁰ Atahualpa Yupanqui (2008), *op. cit.*

²¹ Entrevista de Antonio Carrizo en «La vida y el canto», Radio Rivadavia, Buenos Aires, 2 de septiembre, 1978.

²² Fernando Assuncao (1999), *Historia del gaucho. El gaucho: ser y quehacer*, Editorial Claridad, Buenos Aires.

²³ Beatriz Seibel (compilación, prólogo y notas) (1998), *El cantar del payador. Antología*, Ediciones del Sol (Biblioteca de cultura popular), Buenos Aires.

²⁴ José Tcherkaski (1994), *op. cit.*

²⁵ Norberto Galasso (2005), *Atahualpa Yupanqui. El canto de la patria profunda*, Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires.

²⁶ Álvaro Yunque (1952), *Poesía gauchesca y nativista rioplatense*, Editorial Periplo Buenos Aires.

²⁷ Atahualpa Yupanqui (2001), *op. cit.*

²⁸ Pipo Lernoud (1980), *op. cit.*

²⁹ En la introducción a «Mi viejo potro tordillo», en el concierto del teatro Radio City de Mar del Plata, 7 de enero de 1983. (En Atahualpa Yupanqui, *Buenas noches compatriotas*, Acqua Records, Buenos Aires, 2000).

³⁰ Atahualpa Yupanqui (2008), *op. cit.*